

En real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y á *rs.* por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y *40 rs.* por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMENARIO POPULAR ECONOMICO.

ALFAMA.

NOVELA ORIGINAL.

POR D. MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

(Conclusion)

IV.

Canso al bandolero esta escena la impresion mas viva. Era su pecho de bronce y haciente en verdad, poca melía las desgracias del prójimo, ni menos se ablandaba con lágrimas ni sangre. Pero cuando una pasión llega á apoderarse de un corazón rudo y salvaje, como el de Rufo, ¡ah! entonces ¿quién la desaloja de él? Mas fácil es clavar una flecha en un flojo madero que en el duro mármol, pero una vez hincada en él, antes se rompe que aquella se desprenda.

A la sorpresa, al pavor religioso, á la admiración que Alfama infundió al bandolero, siguió el respeto por su misteriosa conducta. Y todas estas afecciones hacia una muger, principalmente si como la mora, es el tipo de la hermosura, engendran casi siempre en el hombre que la siente otra mas intensa, mas poderosa, mas agradable y sublime. El primer dardo de amor birió el corazón del feroz bandolero, y amó con el fuego, con el entusiasmo de los primeros amores. Alfama con sus caricias lo hizo todo suyo, con un simple *yo te amo* dicho con la espresion que solo la muger sabe dar á estas palabras, lo fascinó enteramente.

Desde aquel momento el saltador fué otro hombre, bien lo advirtieron sus camaradas. Sustituyó la pereza y dejadez á la actividad que tanto le distinguiera antes de los demás. Su antigua alegría trocóse en una melancolía indefinible, en una vaguedad de sentimientos y en una indiferencia tal, que le hacia mirar con desden todo cuanto no fuera su amada, que respetaba por otra parte como pudiera hacerlo el mas cumplido caballero. Si! contenía la respiración estando á su lado por

no empañar con su aliento el diáfano cristal de su inocencia! de su inocencia!!.. Alfama ligia grandemente su papel; uno que conociera el carácter y el corazón de la muger, hubiera alguna vez traslucido mas allá del velo mentiroso de su afectado amor, la mano del despecho aguzando el puñal de la venganza, y tú ¡infeliz Rufo, te arrastrabas por el suelo para besar el pié que te pisaba con desprecio! ¿Querías formar del amor de la musulmana el primer eslabon de tu ventura, y ella hacia de tí el mango de su cuchillo tremendo.

Pero el amor necesita alimentarse de otra cosa además que de ilusiones; el comercio de sentimientos y de ideas á que da lugar la renuncia de cuanto uno vale, el desprendimiento de sí mismo no se haría sin un incentivo poderoso, sin la esperanza de un premio grande, sublime, infinito, cuanto puede serlo en el mundo. ¿El hombre no es tan generoso! ¡el hombre no ama por solo amar!.. Rufo sintió el deseo de otra cosa, deseo que se propuso manifestar á la mora cuanto antes. Por fin un día se atrevió á rodear con sus brazos el cuello de su adorada. Mostróse esta al principio un poco esquiva, pero al cabo cedió, y correspondiendo al capitán lo condujo preso en los suyos á un sitio delicioso próximo á la casita.

El sol estaba en medio de su carrera, y el aire estrellado contra los robustos troncos de miles de árboles, no penetraba allí. Chapoteabanse las tórtolas en el límpido arroyuelo que mansamente corría á los pies de nuestros héroes, y mecíase las alondras sobre las nubes. Recastáronse los amantes en un tapiz de rosas, mas habiéndoseles clavado unas espinas que ocultaban, se mudaron á otro sitio desnudo de follage. Cerca de allí se veía la boca de una profunda cueva.

—Querida mía, dijo Rufo, ¿he faltado á la palabra que te di la noche de la tormenta?

—¿Qué! ¿quieres dispensarte ya de ella? contestó Alfama volviendo la vista.

—No te enojos, luz de mis ojos: otro es mi objeto al hacerte esta pregunta.

—Dí, pues.

—¿Dudas de mi amor?

—No.

—¿Qué otra cosa que amor exiges en el que ha de compartir contigo el lecho?

No bien hubo pronunciado el bandolero estas palabras, cuando Alfama prorumpió en acerbo llanto, ni mas ni menos que si hubiera tenido preparado un torrente de lágrimas. ¡Es tan fácil á una muger derramarlas, siquierá sean las mas veces fingidas!...

—¿Qué es eso? preguntó vivamente Rufo, ¿son mis palabras la causa de tu llanto? Yo entlaré, almas mía.

—No han sido tus palabras, contestóle la afligida dama, sino los recuerdos que han traído á mi memoria.

—¿Qué recuerdos?.. dime.

—Nunca me has preguntado por la causa que me ha arrojado del mundo para sepultarme en este bosque.

—¿Qué falta me haría saberlo si ora feliz ignorándolo! Pero ¿aun horas?.. ¡Alfama! ¿qué es eso?..

No te hace falta saberlo.

—¿Por mi amor? acaba pronto.

—Pues oye. He jurado vengarme de un hombre... Aquel que quiera unir su suerte á la mía lo ha de poner antes á mi disposición.

—¿Como se llama?.. le interrogó el capitán con inopia.

—Yussaf!.. Aborrezco á Yussaf... Rufo, lo quiero ver á mis plantas tendido!..

La amante de Salazar se puso rabiosa al pedir por el venganza.

El bandolero se fué aquella misma tarde á ganar la mitad del lecho de la musulmana.

Respiró esta con desahogo un momento y esperó como próximo ya el cumplimiento de sus fervientes votos, volver al estado de calma y tranquilidad que un tiempo disfrutara. Todo lo contrario. Creció en ella el desasosiego; y el disgusto que sintió de sí misma excede á toda ponderación. Su anterior estado que había creído de desdicha sinua, distaba tanto de este, como aquel del de inocencia. Para olvidarse de sí propia, trepaba las risueñas colinas á observar desde sus cuspides las bellezas que ha prodigado la naturaleza á aquel país, pero bajaba mas frenética, recorria como loca aquellos páramos buscando paz, y la paz cada vez distaba mas de su edraon. La infeliz se arañaba el pecho para despegar de sus entrañas el gusano que las roía, y únicamente lograba sacar las uñas llenas de sangre.

Una noche que el delirio no era tan violento como de ordinario, fiéchos sus ojos fuentes de lágrimas, y levantadas sus manos al cielo decía.

—¡Grande Alá! ¿por qué así me desamparas despues de haber hecho por tí tal sacrificio, cuando tanto te amo? ¿por qué con esforzado ahinco atormentas mi ser? ¿Qué me falta que hacer por tí?

El Dios de las misericordias le dió un santo aviso recordándole el letrero; *Retirad del* que vió en un sueño.

—Imposible!! gritó convulsivamente.

Dióle entonces la tentacion un consejo satánico y la mora prosiguló como inspirada:

—¡Vál!.. ya lo comprendo todo!... ¿Me has atormentado hasta ahora porque voy á inmolara un caudillo de mi pueblo y de mí fe?.. lo hago por vengarla... Mas oigo tu voz ¡grande Alá! por él te ofrezco dos cristianos... Pero ¿dame paz!!; quiero paz!..

Como sabia la musulmana que Rufo tenia algunos compañeros, determinó mostrarse á uno de ellos para ver decumple su promesa solemne, y se presentó á Manrique del modo que ya hemos visto.

Pero sigamos en su viage á Rufo, que al fin del capítulo segundo dejamos salir de la venta. Mil ideas á cual mas deliciosas se revuelven en su mente, ¡Va á coger el premio de su amor! Sin embargo, de cuando en cuando brota de aquel laberinto un presentimiento vago, indeciso, pero no por eso menos atormentador; presentimiento que desploma los castillos de ilusiones que crea su imaginacion ardiente. Va á los brazos de su amada y á veces se entristece como si fuera á hundirse en la fosa. El musulman no rebulle; solo algun ¡ay! se le escapa cuando pega con la barfilla en la armadura del bandolero. Arrójalo éste al suelo, como un saco de arena, al llegar á la presencia de Alfama. Lanza la mora al verlo un grito de alegría, y Yussaf otro de espanto al conocerla. Vé en sus ojos sangrientos la sentencia de su muerte, sentencia horrible porque en su concepto ha de ejecutarse de un modo lento y cruel.

Rufo, orgulloso de su hazaña, espera de Alfama una sonrisa de aprobacion, de gracias. ¡En vano! La amante de Salazar en frente de su asesino se nivita del engañado bandolero. Manuéstale este la sorpresa que le causa su frio recibimiento cuando habla creído encontrarla cariñosa como nunca.

—Mañana serás mio, le dijo al fin la mora, déjame ésta noche con Yussaf. Te espero de aquí á veinte y cuatro horas.

Retirase el saltador disgustado. ¿Era preciso que sufriera un desengaño!

Cuando Alfama y Yussaf quedavon solos, estubieron un buen rato mirándose en silencio. Este esperando que estallara la tempestad, aquella delectándose en verlo padecer.

—Yussaf, dice la mora al fin, ¿qué cavizbajo estás! ¿Te acuerdas de cuando me decias en Cuernca lleno de amor «mírame que en tus ojos esta el paraíso?»

Este giro que Alfama dió á la conversacion, fué para el musulman un rayo de esperanza.

—¿Sultana de las hermosas! responde, nunca he visto capullos tan lindos como tus megillas, ni he pulsado guitarra de tan dulces ecos como tu voz.

—Pues, ¿porqué apartas ahora de mí tu vista? ¿No es ya para tí mi semblante alhagueño? pronto se ha eclipsado el sol de mi hermosura!.. Yussaf calló.

—Responde, prosigue diciéndole irónicamente Alfaima. La verdad, ¿es que te desdenas de poner en mi tus ojos, á que te crees indigno de levantarlos en mi presencia?

—¡Perdon! ¡perdon! exclama el moro.

—Si lo que quiero, replica la ismaelita sonriéndose, es justificar mi proceder....

—¡Tu justificar!

—Si... ¿Por qué asesinaste á Salazar?..

—¡Perdon! me robaba tu cariño....

—No sigas.... ¿Qué deberé, pues, yo hacer contigo, que me has robado el suyo, y con él la vida, mi felicidad, mi Dios?.. Mirame, Yussef, voy á hacer lo que tu hiciste, tuyo es el puñal que tengo en la mano.

Imposible es al mahometano mirar á la feroz Alfaima, cuyo aspecto parece infernal al silencioso resplandor de la tea ardiendo que en la otra mano tiene.

—¡Ah! ¿no quieres alzar tus ojos?... Yo te los abriré... pero de modo que no pasas cerrados otra vez!

Y le arranca uno con la punta del cuchillo.

Un ¡ay!!! prolongado y agudo retumbó en la estancia, é hirió como un dardo envenenado el corazón de Alfaima.

—¡Maldita seas! exclama Yussef, revoleándose en su sangre, y la hontada por no oír estas palabras que la rasgan las entrañas, le sacunda con el fatal cuchillo, y se lleva la mano al seno, creyendo que á sí misma se había herido, ¡tal era la fuerza del remordimiento! Asustada de su propia obra, espantada del semblante ensangrentado de su víctima, y angustiada sobre todo por la voz de su conciencia, arroja el puñal con el mayor coraje, cuya aguda punta se clava en el cráneo del moro, cortando al introducirse el último estambre que le ligaba á la vida. Para contener la efusión de sangre le restaña la mora las heridas con la tea que había alumbrado aquella escena de horror, y después envuelve el yerto cadáver en un montón de ceniza.

¡Salazar! ya ha vengado tu muerte Alfaima, amante.

¡Yussef! es necesario que vengue la tuya Alfaima mahometana.

V.

Tal vez, querido lector, me critiques por haber mojado la pluma como suele decirse, en sangre, y describir este cuadro negro de crímenes y horrores, pero advierte que no hago mas que trasladar al papel un drama de los muchos que continuamente se presentan tan horrendos á nuestros ojos. Ni creas que Alfaima es un personaje de carácter exagerado. No; pues si el abuso de la religión divina ha conducido alguna vez á los hombres á extremos reprobados, infernales ¿que no sucederá cuando el mismo forja la religión que ha de moralizarle? Esto cabalmente sucedió á la mora. Los varios sistemas, contradictorios entre

sí, que había estudiado, concluyeron por desgastar su fé por todos y por hacerle dudar de todos. Mas como el hombre no puede vivir sin religion, Alfaima para no caer de ella, modeló una á su gusto y conforme á sus intereses, su religión por consiguiente no era otra cosa que la santificación de sus pasiones. De aquí procedieron todas las desgracias que hemos lamentado y quizá nos resta que lamentar.

Después del inhumano asesinato de Yussef, sintió la homicida su conciencia despedazada por los remordimientos mas desastrosamente que nunca. Pero esperaba tener alivio cuando ejecutase los dos que había designado para aplacar la ira de su Alá, y quien espera no es infeliz del todo.

Saliose Alfaima á respirar el aire libre cuando la aurora empezaba con sus resplandores á disipar la sombra de las estrellas. Los rayos del sol apenas podían penetrar los celajes de las nubes, y la espesa niebla con que la naturaleza, cual si fuera un velo, quería tapar el delito horroroso que acababa de presenciar. Las flores entreabiertas soltando el rocío de la noche parecían derramar lagrimas por el nuevo drama que iba á teñirlas de sangre, y el viento que no daba señales de existencia, se replegaba en las profundidades de la tierra para hacer mas estrepitoso el castigo del Dios ultrajado.

No tardó Manrique en llegar á la presencia de la mora, cuyo rostro demudado á causa de las violentas emociones que había sufrido, apenas pudo conocer, Alfaima fingiendo estar enojada casi volvió las espaldas al mandobro, el cual le dijo:

—¿Por que te retiras, querida mora?

Alfaima calló.

—¡Cómo te complaces en atormentarme! prosiguió Manrique, acércate á mí...

Retiróse aun mas la musulmana y su amante se levantó para marcharse.

—¿Adónde vas, ingrata? dijo al cabo Alfaima.

—¡Como no me respondes...

—Si tú no me amas...

—¡No amarte yo! ¿Necesitas mi sangre? rompe las venas ¿Mi vida? dispon de ella....

—A noche me olvidaste.

—No vine por que estuve esperando á mi capitán.

—¿Á tu capitán?... ¿Es un hombre fornido, moreno, de roncá voz?

—Sí, querida, el mismo, ¿Pues de qué te acuerdas tú? ¿cuando te las visité?

—Alfaima echó á llorar de repente, como sabía cuanto es el poder de las lagrimas en una amante!

—¿Por qué lloras? preguntóle Manrique sorprendido.

—Mira, le contestó la fingida mora, poniendo en él los ojos con amorosa expresión, anoche estaba en tu cocina pensando en tí, como siempre, cuando...

—Dime, alma mia, ¿qué pensabas?

—Que tu despues de abandonar el desasoségado oficio que tienes, me seguiste al desierto donde mi amor era ardiente como las lavas de un volcan y puro como las hojas de un clavel, donde satisfechos uno de otro vivíamos alegres y felices como los ángeles en el paraíso: ¡qué delicia! Manrique. Si me acercaba á un torrente veía en él reflejada tu imagen, y admirada de tu hermosura te daba un beso y con el beso... mi existencia toda. Si cantaba en la soledad me respondía tu voz como un eco. ¡Ven! te decía, y la misma palabra pronunciada por tí resonaba en el valle. ¡Te amo! repetida por tí entusiasmada, ¡te amo! contestabas con acento misterioso; y abrazados entonces íntimamente y confundiéndonos los latidos de mi corazón con los del tuyo, me extasiaba dejándote extasiado, y respirando yo tu aliento, tú vivías con él que yo exhalaba... Un hombre me vino á turbar estas agradables ilusiones. Era tu capitán. Al verme quedó sorprendido, y en seguida ponderóme mis encantos, como él decía, yo no le di oídos porque no puedo oír á dos hombres á un tiempo, y viéndose desalzado guiso abusar de mi debilidad. ¡Oh! El hubiera vencido en la lucha á no retirarse al tiempo de oír unos ayes lastimeros que exhalaban en la puerta.

—¡El moro! dijo Manrique interrumpiéndola. Pues ¿y esa sangre salpicada en tus vestiduras y aun en tu rostro?...

—Sin duda me herí con sus armas al defenderme.

—¡Ira de Dios! exclamó el bandolero furioso, todo lo pagará...

—Oye, al despedirse me dijo que esta noche vendría á la misma hora. Si quieres puedes venir á buscarlo, y observarlo aquí.

—¿De qué modo sin que él me vea?

—Subiéndote á la higuera que cubre con sus ojos la ventanilla de la casa.

Dejamos estos dos personajes inventando el medio y modo de que se habían de valer para castigar al desatentado Rufo y veamos que pienza este despues de haberse apartado de Alfama.

No tardó en olvidar, como buen amante, el desaire de Alfama, disculpóla de la frialdad con que le había recibido, contando con el cariño redoblado que á la noche siguiente había de manifestarle. Nada mas natural, añadió, que la ocupe toda el deseo de vengar los ultrajes que de él may podido recibir, pero pronto la embargará el amor que por mí siento y á que soy tan acreedor.

¡Desventurado! ¡mucho confiás en la fortuna! ¿No sabes que su rueda nunca para sino para dar una vuelta mas subita y veloz? ¿No sabes que si nós pone el néctar en los labios es para hacernos tragar mas seguramente la ponzoña?

Una tea encendida prendida á un montón de ceniza empapada en sangre alumbró con resplandor siniestro la cueva, vese un cordel suspendido de una viga y se llamo requiriendo de amores á Alfama. Está permaneciendo silenciosa y no mas alenta

que la noche anterior. El bandolero le dice reconviéndola.

—Yo creí que tu indiferencia duraría solo una noche.

—Durará mientras viva, señor capitán, contestó la mora secamente.

—¿Qué! ya ¿no me amas?

—¿Te he amado alguna vez yo?

—¿Conque todo ha sido mentira?...

Tú lo has dicho.

—¿Conque en mi solo buscabas el instrumento de tu venganza?....

—Tú lo has dicho.

—¡Ohrabia!! exclamó Rufo iracundo, y diciendo y haciendo se arroja sobre Alfama con intencion de estrujarla con sus brazos. Escapase de ellos la musulmana haciendo un regate, se coloca en medio de la cocina, vuelve á cogerla el bandolero, y la mora con la mayor presteza y sagacidad le agarra la cabeza con la lazada corrediza en que terminaba el cordel; da un grito la falsa mujer y tirando á este aviso Manrique de la otra punta de la cuerda hace perder la tierra á su capitán. Rozala el infeliz con los pies; esfuerzase en sentar las plantas para detener la muerte que vé acercarse con pausa y lentitud estruena. En vano crecen las ansias, aumentase la congoja de la tarda agonía... se le acortá la respiración... quiere levantar las manos y no puede... las tiene ya atadas... quiere lanzar su inmensa pena en un suspiro ¡ay! impídela la opresion de la garganta que se vá aumentando por momentos, y revienta en su pecho. Hace el último esfuerzo, el esfuerzo de un moribundo... óyese un pequeño crugido... ¿se ha roto el cordel ó la madera que lo sostiene?... No, se han desencajado ó roto las vértebras del cuello de Rufo. Va no existe! Su rostro amoratado, sus labios teñidos de la sangre negruzca que arrojan sus narices á borbotones, cuyos glóbulos restallan al contacto de la atmósfera con monótono castañeteo, el siniestro silbido de un mochoelo que acaba de posarse en el quicial de la puerta de la mansion del crimen, son cosas que sucesivamente Alfama contempla con el horror de un condenado.

Mientras tanto que Manrique descuelga el cadáver de Rufo, sale Alfama de la estancia y cierra la puerta con disimulo. Burridas las nubes por el huracan se retiran en cenicientos pelotones. La luna aparece sombrin en medio del cielo, y descienden sus rayos lúgubres sobre la mora, que cruzada de brazos, tiene fija su mirada sangrienta en el intrazo retrocede, que cree distinguir á lo lejos ya amortiguado. Permanece serena un instante, ese instante triunfa del infierno, y no juzgándose bien digna de él, desafiando cólera y busca otro crimen.

—¡Ah! exclama, otra víctima falta! y poniendo los labios en la cerraja de la puerta, — ¡Manrique! grita.

— ¡Qué! responde con voz cascada.

— Escucha. Cuanto te he dicho ha sido una mentira... te he engañado con mi amor para hacer de

ti un verdugo como tu víctima lo hasido del moro. ¡Ayl prosiguió frenética, yo me abrasal... esta es mi condenación!... no importa, es inevitable, quiero merecerla... Manrique, ahora vas tú a morir!....

Al decir esto echó á correr toda fuera de sí. Mésase los cabellos, retuércese las manos con profunda desesperación, muérfese los labios con reconcentrada furia. Mas, ¿cómo podrá espresar el vértigo infernal que apoderóse de ella, yo que hasta no he tenido el alma agitada mas que por sensaciones agradables, tiernas y llenas de amor? Dícen fin, que abjuro todas sus creencias viendo que ninguna vertía sobre su corazón llagado tan hoidamente el bálsamo que había menester; último y mas lamentable estremo á que el hombre puede verse arrastrado.

Llega y se sienta Alfama en el mismo sitio en que con mentidas lágrimas engañó á Rufó para que le trajera el asesino de Salazar. Manrique que ya habia abierto la puerta y comprendido el fatal secreto que tanto anhelaba saber, ventó hácia ella con ánimo resuelto de despalazarla. Va á echarle la mano y se hunde en el hoyo que en el capitulo anterior dijimos habia allí cerca. La mora satisfecha ya empujó á una inmensa piedra que tenia preparada de antes en el borde.

—¿Que te salve tu Cristo! exclamó al oírle zumbiar y chocar impetuosamente contra las paredes.

—¿Señor, pequé, tened misericordia de mí dijo Manrique, que habia quedado prendido de unas zarzas, herido como de un rayo por la palabra Cristo, su favor era recóndito.

Viendo Alfama que el bandolero no habia caído, aproximase á desprenderlo de las zarzas á que estaba fuertemente agarrado. Al empujarle logra aquel asirle una mano y afianzarse en la aspera mata con el débil apoyo que le prestara. En tal disposición trabáse una reñida lucha entre ambos.

¿Quién de los dos lleva ventaja al otro?....

Si el sostén de Manrique es una débil caña, de Alfama al precipicio no media mas que un paso. El bandolero hace con sus esfuerzos mimbearse la zarza, la musulmana al dar un pequeño empuje se pone á riesgo de precipitarse á sí misma. Esta cansada de la contienda se acercó á norder la mano que la tiene agarrada para que la suelte. Entonces Manrique impetra de nuevo el favor y ayuda de Dios, echa el resto y lleva hácia sí á la mora, titubea la infeliz, pierde el equilibrio... cae al tiempo mismo que suena el crujido de un tronco. Alfama se estrella contra la piedra que habia arrojado, y Manrique clavando las uñas en la pared logra salir de la sima horrenda.

¿Dios nunca desampara al pecador arrepentido!

Manrique atribuyéndole su salvacion á un milagro, corre á dar cuenta de lo acaecido á sus compañeros. Mas no bien hubo andado cien pasos cuando oyó un estrepitoso y prolongado estampido. Creyendo que se desploma el mundo acelera el paso murmurando algunas oraciones. Mas otro

estruendo que conmueve los intimos cimientos de la tierra le hace caer sin sentido. Al volver en sí se encuentra en medio de sus camaradas que buscaban asombrados la parte en que habia estallado el terremoto espantoso. La admiracion de todos al encontrar dos profundísimos barrancos, el uno donde habia estado edificada la casita, el otro la cueva en que terminó tan desastrosamente su existencia Alfama, no puede ponderarse bastante. En lo mas hondo de este último se les figura distinguir una llama fatídica y ardiendo en ella una muger.

—¿No oís? dice Manrique á sus compañeros.

—Sí, contesta Rufó, un gemido agudo, doloroso...

—Y una voz infernal que dice ¡Maldita sea la tierra que pisé! maldito el aire que me dió hielgo!... ¿No oyes, Rufó?

—No oigo eso, pero ven cumplidos mis temores. ¿No te dije que esa muger no me gustaba solo por ser misteriosa?

—¿Qué muger era esa? ¿qué os ha pasado con ella?.... Le preguntan los demas bandoleros. Manrique les contó lo que sabia de cuanto llevamos referido, y viendo todos un castigo de Dios en lo ocurrido hicieron propósito de nunca mas ofenderle.

Esos barrancos se ven hoy día á media legua de Sisante bajo el nombre de «las Torcas.»

FRANCIA — BESANZON.

LA PUERTA CORTADA.

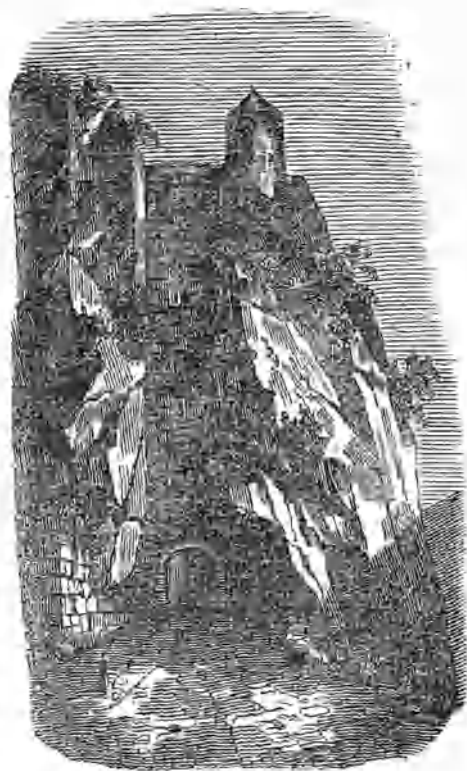
ERA ya Besanzon una ciudad muy importante cuando emprendió César la conquista de las Galias, y en ella estableció su principal plaza de armas al marchar Ariovisto que avanzaba hácia las riberas del Rin al frente de un ejército formidable. Cuando la Galia se dividió en provincias romanas, fué Besanzon la capital de la que se llamó *Máxima Sequanorum*; sobrevivió su preeminencia al mismo Imperio, y en ella estuvieron de asiento los primeros reyes, y luego los condes de Borgoña. Los emperadores de Alemania, enemigos y aliados alternativamente de los Papas, habiendo tratado de reunir bajo su dominio los diferentes estados que escaparon á las débiles manos de los sucesores de Caetamagno, obtuvo Besanzon de Enrique el Pajarero, juntamente con el título de ciudad Imperial, diversas franquicias y privilegios que le ayudaron á recobrar su esplendor antiguo. En el siglo XI tomó parte en la liga de las ciudades Anseaticas, y siendo por su situacion de mucha importancia para el comercio entre Italia y Alemania, entósse por mucho tiempo por una de las principales plazas mercantiles de Europa. Nuevas ventajas recibió de

la particular benevolencia de Carlos V, cuyo poderoso monarca le concedió el privilegio de acuñar moneda, dándole además sus propias armas. Colocada esta ciudad en el centro del condado de Borgoña, formaba con su territorio, bastante limitado, un estado independiente con sus leyes y costumbres peculiares. Los suizos cuya alianza se grangeó, y además los monarcas de España protectores naturales de Besanzon como soberanos del condado de Borgoña, le auxiliaron por mucho tiempo en su defensa de los ataques de la Francia; mas no pudo resistir á los ejércitos de Luis XIV. y dos veces atacada y sometida otras tantas, hubo de sufrir la suerte de la provincia de que fuera capital.

Besanzon está dividida en dos partes que se comunican por medio de un puente de fabrica romana, perpetuada con reparos de todos épocas. Su situacion es tal cual la describe César en sus *Comentarios* lib. 4.^o de *Bello Galico*. Apúyase en el monte Célius por la parte del este, estendiéndose por una llanura que riegan las aguas del Doubs por todas partes, formando como una península cercada de los mas deliciosos puntos de vista. Algunas murallas edificadas encima del monte Célius fueron por mucho tiempo las unicas fortificaciones de la ciudad, cuya situacion natural la hacia casi inexpugnable. Cuando la pólvora y la artillería fueron substituidas á las antiguas máquinas de guerra, los gobernadores de Besanzon conocieron la necesidad de proveer de una manera mas sólida y eficaz á la defensa de la ciudad; por lo que, se edificó el fuerte Griffon en uno de sus extremos, que deja sin proteccion el rio Doubs, y al mismo tiempo se levantaron murallas con troneras en los puntos mas débiles de la circunferencia. Mas tarde entre las dos conquistas del Franco Condado por Luis XIV. los españoles echaron en el monte Célius los cimientos de una ciudadela, pero la rápida marcha de las tropas francesas no les dejó el tiempo de llevarla á término; acabóla Guban, quien hizo además los necesarios reparos en el fuerte Griffon. En nuestros dias háuse completado las obras de defensa de Besanzon, coronando las alturas que por todos los puntos la dominan, con fortalezas que nos recordarian los tiempos feudales á estar ennegrecidas por el tiempo.

El suelo de Besanzon abunda muchísimo de antigüedades, y en cualquier punto en que se escave encuéntrase medallas romanas, yuntuosos restos de las antiguas artes; durante las obras recientes que se han hecho en la parte mas alta de la ciudad, se han descubierto baños públicos, capiteles de exquisito trabajo, columnas y fragmentos de una colosal estátua de mármol. Ni un barrio hay siquiera en que no se hayan encontrado pavimentos mosaicos, unos formados con elegante sencillez, y otros rodeados de diferentes dibujos de muy buen gusto; por último las ruinas de templos y otras edificaciones dispersas por el recinto de la ciudad, juntamente con la historia, son un testimonio de que Besanzon fué bajo el dominio de los romanos una

de las principales ciudades de los Galias; todo renueva al pie de aquellas montañas la memoria del pueblo rey. De la multitud de antiguos monumentos que adornaban esta ciudad no queda mas que el acueducto de *Arcier*, y un arco triunfal cuyo color sombrío le ha valido ya desde el siglo X el nombre de *Puerta negra*; *Porta nigra*. El primero de estos monumentos cuya construccion hace remontar el pueblo al reinado del César, no llega mas allá del tiempo de los Antoninos; conducía á Besanzon puras y abundantes aguas, cuya pérdida es



Puerta cortada.

muy sensible. La longitud de este acueducto es de unas dos leguas. Arcier de que toma el nombre, es una linda aldea á la ribera izquierda del Doubs, al pié de la última altura de Lemont, que la pone al abrigo de los vientos meridionales. El canal seguía todas sus sinuosidades. Un obstáculo casi insuperable se oponía á su entrada á Besanzon: tal era una enorme masa de peñas, cuyo pie besa el río, la que cerraba el paso al dicho conducto; mas la perseverancia de los romanos llegó á agujerarla y abrirse paso; y esta abertura que se ensanchó con facilidad y poco coste en tiempo de Luis XVI. es la que se llama *Puerta cortada*.

El arco triunfal hallase actualmente situado entre dos líneas de edificios, de modo, que es imposible examinarlo por todas sus caras. En la edad media el grande arco estaba estrechado con obras bárbaras, la parte superior contenía una habitación que servía de granero para custodiar el trigo de los canónigos de San Juan, y de habitación para los clérigos del cabildo, y en medio de estas obras estaba como confundido el monumento romano; últimamente se han derribado, y se ha reparado el arco izquierdo, que fué el que mas había padecido. Nada sabemos de positivo tocante al objeto ni á la época en que fué levantado este arco. Los que han visto en uno de los bajos relieves á Zenobia, reina de Palmira, creen que fué hecho en honor de Aveliano; otros creen que para uno de los hijos de Constantino; pero lo cierto es que este monumento es del bajo imperio, y que es uno de los mas bellos de toda la provincia y aun de toda Francia; que su conjunto forma un estilo grandioso y magnifico, digna composición de los artistas bizantinos de los primeros siglos; y en ún, que fué este monumento tal vez el último que áquel gran pueblo en su afición á las artes, levantó en las Galias.

La catedral de San Juan, grande edificio de antigua fundación, fué reedificado en el siglo XI por disposición del arzobispo Hugo I; tiene un estilo que participa de gótico y del sarraceno, y su aspecto es muy imponente. A cada extremo de la nave hay ricos altares, y un hermoso coro: frontera al sillal del arzobispo vesel el busto de Pio VI, de mármol blanco, en la capilla del santo sudario hay que admirar, entre otros bellas cuadros, una Resurrección de Vanlón. En una capilla vecina admírese un San Sebastían, primorosa obra de fray Bartolomé, maestro de Rafael; y en otra capilla un cuadro que representa la muerte de Ananias y de Saira, obra de Plombino, discípulo de Miguel Angelo. Estas pinturas son reducidas pero muy bonitas y de diferentes estilos de arquitectura, y ocupan un solo lado de la nave. Adornan el altar mayor bellos ángeles de mármol blanco de Italia, que es bastante raro, y lo cubre un baldqui magnífico. Consta el templo de tres naves que dividen unas columnas ovales, estrañas pero elegantes. Los vidrios de las ventanas, muy pequeños, son pintados, y así solo dan paso á una luz muy débil, aumentando la magestad del templo. Ademas cuentan en Besanzon varias otras iglesias, pero todas son obra moderna.

Otro edificio muy digno de atención es el palacio del cardenal de Grandveta, hijo de Carlos V. Los escritores flamencos no han hecho la justicia debida al carácter del cardenal; pues la suavidad de su administración en Nápoles basta á probar que fué estraño á las sangrientas ejecuciones de los Países Bajos, las cuales además no empezaron hasta después que hubo salida de Flandes. Aunque casi siempre estuvo ausente de su patria, nunca olvidó su ciudad natal, antes bien hizo edificar ese magnifico palacio por el estilo italiano, cuya elevación

no estaba desprovista de elegancia, enriqueciéndolo con una biblioteca y con una soberbia galería compuesta de las obras de los pintores de mas renombre, de quienes se manifestó siempre un generoso protector. Los cuadros forman en el día parte del Museo de Louvre, y las antiguas estatuas que envió de Roma adornan á Versailles. Besanzon ha tenido célebres escuelas desde un tiempo inmemorial, y cuando el renacimiento de las letras los magistrados se presuraron á establecerlas para la enseñanza de los idiomas antiguos y de la filosofía. Desde mediados del siglo XVI, los Grandveta fundaron un colegio para la enseñanza de las lenguas orientales y de teología, al que dotaron con una munificencia verdaderamente real. Para completar el sistema de enseñanza seguido á la sazón en lo restante de Europa, faltaba en Besanzon no mas que cátedras de derecho y de medicina, y el privilegio de conferir grados reservados á las universidades; pero protegidos por el cardenal de Grandveta, los magistrados obtuvieron una bula del Papa permitiendo la erección de una cátedra de derecho en Besanzon, y la ofrecieron á Cuyas. Las agitaciones y turbulencias que durante el siglo XVIII, desolaron el condado de Borgoña, fueron un grande obstáculo á las medidas que tomaban los magistrados para obtener una universidad, pero luego que Besanzon quedó sometida á Luis XIV renovaron sus tentativas, y se trasladó á esta ciudad la universidad de Dole, permaneciendo en ella por espacio de mas de un siglo con tantolustre que su memoria quedará indeleble.

Los habitantes de Besanzon, han dado siempre pruebas de valor, de suerte que la historia señala varias épocas muy gloriosas para esta ciudad. En 408 resistió á las hordas de los vándalos; en 415 á los germanos; en 451 á los hunos; en el siglo XIII rechazó las hordas alemanas, y en el siglo XV en tres épocas diferentes, los borguñones, y los ingleses se estrellaron en sus muros: por fin en 1814 sitiaron Besanzon, sin ningún éxito, los ejércitos de las potencias aliadas.

EL CASOAR.

Ó CASOAR DE NUEVA-HOLANDA.

Mas de cien años después del descubrimiento de Nueva-Holanda, fundaron los ingleses un establecimiento en Port-Jackson; visitaron el interior de esta comarca; y hallaron un gran número de pájaros de grande estatura, desiguales de la facultad de volar y á quien llamaron *casoars*, por su estraña semejanza con ciertos pájaros del Asia oc-

mucidos con este nombre y que no difieren mas que por una especie de casco que tienen en la cabeza.

Se asemejan tambien mucho al avestruz en sus formas y costumbres; pero se diferencian notablemente considerados bajo otros puntos de vista; desde luego las alas y la cola del casoar carecen de las bellisimas plumas que adornan á este otro pájaro, y que tan seductoramente saben emplear nuestras elegantes cuando exigen los preceptos rigurosos de la moda. Las plumas que cubren el casoar tienen de la moda. Las plumas que cubren el casoar tienen poca guaricion, están de tal manera despejadas de ropaje que mas que cubierto de plumas lo parecen de pelo, de barbas finas de ballena. Sus colores son negro ó ceniciento la parte superior, y blanquecina la parte de la pechuga. Tambien entre ambos existe la diferencia de que tiene tres dedos en cada pie; mientras que el avestruz solo tiene dos, lo que no les estorba para correr con mas rapidez que un caballo á galope, al estremo de que no les alcanzan los perros de ninguna especie, a la carrera. De pie y con la cabeza erguida tiene el casoar mas de cinco pies de altura, mientras que los avestruces pasan muchas veces de seis y de siete. Como el del Asia, el casoar sin casco de la Nueva-Holanda se alimenta con vegetales.

Pocos años hace que nació en Inglaterra y en una primavera, uno de estos pájaros; habiendo depositado la hembra el huevo que le produjo, en un día de los próximos á Navidad, época que precisamente correspondió á la del estío de la Nueva-Holanda.

Hay quien afirma que la hembra de este pájaro, como la del avestruz, no se ocupa demasiado en cuidar de sus huevos una vez puestos, y la esperiencia ha demostrado que no solo en verdad no se ocupa de cubrirlos y de criar á sus hijuelos, sino que no hace el menor caso de ellos. En una posesion de la sociedad Zoológica de Londres, existía una pareja de casoars que sacaron cinco hijuelos. La hembra depositó, ó mas bien dejó caer en puntos distintos y apartados cinco huevos, que fué juntado el macho con el mayor cuidado, rodándolos con su pico. En seguida los cobijó sin descanso durante nueve semanas, sin que se le acercase la hembra una vez siquiera. Cuando nacieron, él solo los cuidó tambien hasta que fueron bastante grandes para dejarlos solos, á todo lo que la madre parecia no fijar la atencion. Despues de considerarse este ejemplar, no es violento creer que la hembra del casoar carezca de la ternura maternal, sentimiento tan desarrollado en las demas especies de pájaros. Sin embargo, un ejemplo de opuesta naturaleza nos escita á no atribuir á la clase general de las hembras del casoar, este carácter de indiferencia con que las hemos designado y que hemos visto en la que existe en la sociedad Zoológica de Londres. Otra de estas hembras, que perteneció al duque de Devonshire, en Chiswick, no solamente puso huevos, sino que despues los juntó cuidadosamente y cubrió ella sola, sin la concurrencia del macho, que habia muerto. Ahora resta determinar cual de

estos dos casos estará en armonía con la regla general, y cual será la excepcion. Los zoólogos podrán solos en vista de ulteriores esperiencias, fijar lo cierto y verdadero acerca de este punto.

La cascara de los huevos del casoar es verde por la superficie y blanco marfil por dentro. En las comarcas que están bajo la influencia del ecuador, se sabe que basta el calor del sol para hacerlos empollar. Así es como se explica que los avestruces no cubren los suyos. En París existen casars conducidos desde Nueva-Holanda por el navegante Bandin; pero á pesar de la reunion del macho con la hembra, nunca se ha conseguido que se reproduzcan.

ANUNCIO.

ESPAÑA GEOGRÁFICA.

HISTÓRICA ESTADÍSTICA Y PINTORESCA.

Descripcion de los pueblos mas notables del reino é islas adyacentes; su situacion, historia, costumbres, industria, comercio, poblacion, productos, contribuciones, consumos, establecimientos publicos, monumentos, puertos, caminos, puentes, rios, canales, montañas etc., con una introduccion que comprende la geografia, historia, estadística y administracion general del reino; un apéndice de las posesiones de Ultramar, y los indices de materias y de pueblos por orden alfabético.

Un tomo de mas de 1,000 páginas en 4.^o mayor, edicion de lujo, con preciosos grabados que representan y sitúan de los monumentos y poblaciones notables y trages de todas las provincias, impreso con toda elegancia y esmero en esquisito papel. Al fin de la obra, se dará el mapa de España, por Lopez, rectificado conforme á la nueva division territorial, 12 preciosas vistas tiradas aparte en esquisito papel, y las correspondientes portadas y cubiertas para la encuadernacion. Se publica por entregas á razon de dos rs. cada una en Madrid, y diez rs. por cuatro en provincia. Las entregas constan de dos pliegos dobles de impresion y se reparten dos cada semana desde la última de mayo.

Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario calle del Príncipe núm. 23, y en las provincias en casa de todos los corresponsales de el Establecimiento tipográfico del señor Mellado, editor.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
DE DON P. DE P. MELLADO.—EDITOR,
calle del Surdo, núm. 11.